

LA FRONTERA DE CIVILIZACIONES
DESDE LA PERSPECTIVA COLONIAL
The Frontier of Civilizations from the Colonial Perspective

Jan KIENIEWICZ*

Fecha de recepción: abril del 2010

Fecha de aceptación y versión final: octubre del 2010

RESUMEN: El tema del artículo abarca el problema de la pertenencia civilizacional de los estados creados por la gente al atravesar las fronteras de civilizaciones así como de la tierra fronteriza considerada como un espacio creado a consecuencia de tomar conciencia de la extrañeza de todo lo que permanece fuera de nuestra identidad.

Palabras clave: tierra fronteriza, Mancomunidad Polaco-Lituana, *Kresy*, pertenencia civilizacional.

ABSTRACT: The article deals with the problem of civilizational belonging of the states created by people who cross the boundaries of civilization as well as the issue of the frontier land considered as a space created as a result of becoming aware of the strangeness of everything that remains outside our identity.

Keywords: frontier land, Polish-Lithuanian Commonwealth, *Kresy*, civilizational membership.

La tierra fronteriza pertenece probablemente al ámbito de las nociones universales. Bajo este concepto yo entiendo un estado de relaciones humanas, formadas a fuerza de atravesar las fronteras. Por cierto existen diferentes fronteras y, por lo tanto, varias tierras fronterizas. Se conocen fronteras políticas y étnicas, cerradas y abiertas, móviles y fijas. La frontera de la Araucanía, que separa el mundo de la conquista española de los territorios independientes de los indígenas, sería sin duda étnica y política, a la vez abierta y fija¹. Los confines de los Estados Unidos y de México, no tenían nada que ver con aquellos que separaban los americanos del Salvaje Oeste². Mientras que en cada época la frontera septentrional de la China parece muy fija, la frontera meridional es generalmente muy poco precisa. En el norte son

* Prof. Dr. Jan Kieniewicz – Profesor titular en el Instituto de Investigaciones Interdisciplinarias “Artes Liberales” (IBI AL) de la Universidad de Varsovia.

¹A. Jara, *Guerre et société au Chili. Essai de sociologie coloniale*, Paris, 1961 (Santiago de Chile, 1971). Véase A. Ruiz-Esquide Figueroa, *Los Indios amigos en la frontera araucana*, Santiago de Chile 1993; J-U. Chauca García, *La frontera araucana: diario del parlamento de Negrete*, “Brocar: Cuadernos de investigación histórica” No. 30, 2006, p. 207-240.

²L. L. Esparza, A. Prieto S., *Las fronteras y su imaginario en América* en: F. Rodríguez red. *Ameryka Łacińska – rozumem i sercem. Księga Jubileuszowa z okazji 40-lecia pracy naukowej Profesora Andrzeja Dembicza*, Warszawa 2003, pp. 203-215; R. A. Billington, *The Far Western Frontier 1830-1860*, New York, 1956 (1995); D. Weber, *Bárbaros. Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*, New Haven, 2005.

probablemente las necesidades defensivas frente a la presión de los nómadas que determinan los límites del estado, mientras que en el sur todo depende de la expansión del país³. El mundo de los pastunes tiene un constante aspecto de una zona fronteriza, independientemente de los esfuerzos de diferentes formas estatales encaminados a delimitar las fronteras⁴. En busca de generalizaciones no deberíamos por lo tanto perder de vista la gran variedad de formas, mediante las cuales se expresaban las relaciones humanas entre los que atravesaban fronteras⁵. Así como la consecuente multitud de concepciones e interpretaciones de tales relaciones.

Mi foco de interés serán entonces las interpretaciones de los estados creados por la gente al atravesar las fronteras de civilizaciones. Los traspasos se producen también fuera de las conquistas y migraciones. La frontera civilizacional, si realmente existe, es perceptible por ejemplo al definir lo europeo, a consecuencia de considerar algunos fenómenos como “los del otro lado”. Se trata de conductas y elecciones que tienen lugar dentro del espacio imaginado, con referencia a las fronteras establecidas en el espacio real. La tierra fronteriza es un espacio, real e imaginado, creado a consecuencia de tomar conciencia de la extrañeza de todo lo que permanece fuera de nuestra identidad⁶. Como he dicho, este proceso se manifiesta al atravesar las fronteras. Aquellas de los sistemas sociales ajenos y éstas que determinan nuestra propia identidad⁷. La tierra fronteriza se sitúa todavía dentro del ámbito de nuestra pertenencia, es una de las formas de conducta frente a lo ajeno dentro de lo nuestro. Requiere la diferenciación entre lo Ajeno y lo Otro, y la distinción de la cultura de la civilización⁸. Estas son las limitaciones a tomar en cuenta a la hora de reflexionar sobre tierras fronterizas de la civilización.

Existe un tipo de limitaciones más, relativo a la esencia del concepto de la civilización. Me refiero al sentimiento de pertenencia producido al tomar el mismo sistema de valores como punto de referencia en la construcción del modelo de vida. Cuando se trata del sistema de valores europeo se suele subrayar el papel de la cristiandad, que unió los legajos de Israel, Grecia y Roma. No sin notar que este sistema sufrió a lo largo de los siglos unas significativas transformaciones. Cabe destacar,

³ N. Di Cosmo, *Ancient China and Its Enemies. The Rise of Nomadic Power in East Asian History*, Cambridge, 2002; T. T. Allsen, *Culture and Conquest in Mongol Eurasia*, Cambridge, 2001; P. C. Perdue, *China Marches West. The Qing Conquest of Central Eurasia*, Cambridge Mass, 2005.

⁴ J. Sierakowska-Dyndo, *Afganistan – narodziny republiki*, Warszawa, 2002, pp. 9-16.

⁵ M. Khodarkovsky, *Russia's Steppe Frontier. The Making of a Colonial Empire, 1500-1800*, Bloomington, 2002.

⁶ Véase G. Babiński, *Pogranicze polsko-ukraińskie. Etniczność. Zróżnicowanie religijne. Tożsamość*, Kraków, 1997.

⁷ Matrix de las transgresiones en: J. Kieniewicz, “Borderlands and civilizational encounter”, *Memoria y civilización*, 8, 2005 (2007), p. 41.

⁸ No hace tal distinción R. Kapuściński, *Ten Imy*, Znak, Kraków, 2006, pp. 43, 67.

sin embargo, la inexistencia de cualquier forma sistémica institucionalizada destinada a otorgar el derecho de participación. La pertenencia civilizacional permanece voluntaria. De ahí se puede sacar una observación importante sobre la posible variedad de opiniones en cuanto al alcance de la civilización europea. Me estoy, pues, dando cuenta de que tanto antaño como ahora se haya tratado la civilización europea como una especie de club elitista, cuyo acceso no depende tan sólo del requisito de cumplir con los criterios, sino también de la aprobación de los demás afiliados. Desde la creación de la Comunidades Europeas, y luego de la Unión Europea, con la definición del *acquis communautaire*, esta convicción se vio reforzada. Se la extrapola fácilmente al pasado. Este fenómeno se debe sobre todo a la dificultad que experimentamos para definir las connotaciones históricas de la europeidad. Desde el momento cuando los europeos empezaron a identificarse con un conjunto más amplio que la cristiandad latina, y desde que Europa partió a la conquista del mundo para nombrarlo y explotarlo, aumentó la convicción de que era posible formar juicios sobre la pertenencia civilizacional de los Otros. La gente “civilizada” se otorgó un derecho natural de decidir quién de los Otros formaba parte del mismo ámbito. No obstante la esencia de la civilización consiste en una libertad ilimitada de determinar su propio ser y su propia identidad.

Estas reservas tienen una importancia fundamental para nuestro tema. Requieren una respuesta a la pregunta si la pertenencia es resultado de una libre elección (y no declaración!) ó de un juicio favorable o desfavorable de otros. A la hora de hablar de las fronteras de la civilización europea me doy cuenta de grandes diferencias. Todavía más significativas, cuando centramos la atención en los confines orientales del continente. Cuesta entender por qué hasta ahora esta parte suscitó tan poco interés. En el sur las confrontaciones políticas, religiosas y culturales dividían el Mediterráneo, durante mucho tiempo un mundo aparte con respecto a Europa. A los modernistas los confines ibéricos o balcánicos parecían un legajo del pasado sin importancia para el carácter de la civilización. Fue un evidente error de perspectiva. Allí también se producían encuentros con los Otros y se formaban proyectos civilizacionales individuales⁹. La noción de la tierra fronteriza de civilizaciones está ligada de una manera natural con la expansión marítima de los europeos. ¿Quizás por esta razón resulta tan difícil comprender que nuestra realidad es resultado no solamente de la expansión propia, sino sobre todo de los retrocesos frente a la expansión ajena?

La tierra fronteriza es siempre un territorio, aunque esté vinculado con ciertas formas de vida, resultantes de que la gente de una civilización mantiene (se ve obligada a mantener) continuas relaciones con una civilización ajena. La zona fronteriza no significa vivir “entre” y aún menos “tanto aquí como allá”. Aunque existan dife-

⁹ J. Kieniewicz, “Andaluzja, Hiszpania i pogranicza cywilizacji: współczesna perspektywa historycznej konfrontacji” w: M. Koźmiński (red.), *Cywilizacja europejska*, Warszawa, 2005, pp. 77-87.

rentes versiones de la vida fronteriza, ésta siempre guarda la relación de pertenencia a una civilización. Entre varios tipos de relaciones con la civilización ajena, la más interesante es el encuentro¹⁰.

La multitud de formas que puede revestir una tierra fronteriza implica la necesidad de investigar detalladamente las relaciones humanas, y muy especialmente si se trata de personas de diferentes culturas, idiomas y fes que proceden todos del mismo sitio y están “desde siempre” unidos entre sí y con el aquel lugar. La tierra fronteriza implica variedad de posibilidades y multitud de guiones. Sobre los vastos territorios entre el Mar Negro y el Báltico, entre el Vístula y el Dniéper, existió a lo largo de los siglos una gran riqueza de relaciones humanas susceptibles de desarrollar diferentes modelos de comunidad social. No debe sorprender que algunos fuesen contradictorios o se excluían entre sí. Esta variedad se hizo aún más palpable cuando la expansión y la subordinación extranjeras empezaron a cambiar las jerarquías de valores y los órdenes de conductas.

Desde los repartos de Polonia hasta la revolución rusa, durante casi doscientos años, se operó una transformación del mundo, aunque la mayoría de los coetáneos pensaba seguir viendo el mismo viejo orden. Tras el diluvio de la revolución, del mundo anterior no quedó más que un relicto sin sentido y destinado al fracaso. Durante varias generaciones las tierras polacas fueron entonces testigo de un paulatino retroceso de la zona fronteriza de la civilización europea, antes de su definitiva desaparición. La cuestión consiste en determinar el estado en que se encontraba el sistema social sujeto a estos procesos. Cuando la política redefinía las fronteras, los habitantes se quedaban en el mismo lugar. Evidentemente hasta que una de las civilizaciones no desarrollara la práctica de migraciones masivas forzadas y otra de una exterminación masiva.

La comprensión de la noción de la tierra fronteriza es necesaria sobre todo a la hora de hablar de terrenos con una identidad imprecisa o ambigua. Y, en realidad, de las personas, cuya pertenencia ha sido puesta en duda. Me gustaría reflexionar si en el caso de la zona fronteriza sería o no oportuna la categoría del colonialismo. Ya una larga enumeración de los posibles casos aconseja guardar mucha prudencia. Consideremos, pues, si los terrenos identificados como polacos (con o sin razón) podían verse repartidos entre diferentes civilizaciones. Históricamente se pueden distinguir tres fases principales, que se diferencian entre sí por el carácter de las discrepancias y las correspondientes interpretaciones de fronteras.

El período más antiguo llamamos simbólicamente la Mancomunidad Polaco-Lituana (*Rzeczpospolita, Respublica*)¹¹. Su forma política e identidad cultural permi-

¹⁰ J. Kieniewicz, “El encuentro de civilizaciones y el sistema de los valores”, *Pensamiento y Cultura*, vol. 8, No. 1, Bogotá, 2005, pp. 87-100.

¹¹ *Respublica Polonorum* representaba la forma de la vida común de los nobles por consiguiente se compara con la idea de *Commonwealth*, véase J. Kieniewicz, *Historia de Polonia*, México, 2001, p. 39.

tió a los habitantes guardar diferentes identidades culturales y religiosas a cambio de una inequívoca declaración de pertenencia civilizacional¹². En la Época Moderna la Mancomunidad representaba la civilización europea en el Este del continente. No fue ni la vanguardia ni la exposición de la civilización occidental que se desarrolló en los siglos dieciséis y diecisiete en el Occidente. La Europa oriental se basó sobre el mismo conjunto de valores, pero siguió una vía propia y original. Se puede mencionar que la europeidad polaca era republicana y latina en su carácter. Los confines orientales permanecían abiertos a lo ajeno y ocasionaban encuentros entre varias culturas.

Deberíamos calificar la expansión polaca como una variante de la expansión pre-colonial. Así suelo nombrar varias formas de acciones emprendidas fuera de Europa entre el siglo XV y XVII¹³. La temprana expansión a veces trajo el control o en otros casos tuvo que ajustarse, sin nunca imponer la dependencia. La razón radica probablemente en el carácter de la Europa de la temprana Edad Moderna, anterior al desarrollo del capitalismo. La particularidad de la expansión oriental polaca estaba vinculada a la proximidad, a que no fuese necesario atravesar océanos.

La proximidad implicaba la ausencia del distanciamiento, puesto que las poblaciones que vivían sobre los territorios al este del Reino de Polonia no eran consideradas como ajenas. Las tierras rutenas, de ambos lados del Dniéper, se hallaron bajo la dominación lituana y el proceso que se produjo allí se asemeja más a la incorporación y a la asimilación que a la conquista. No obstante, la singularidad del trato no implica la inexistencia de la expansión. Tras dos siglos de convivencia se operó tanto la unión entre Polonia y Lituania, como la imposición y la aceptación de la superioridad del modelo de vida polaco. Cabe destacar, sin embargo, que Rutenia fue tratada como una parte integral de Reino de Polonia (*Corona Regni Poloniae*) y no fue invitada a participar en la Unión de las Naciones polaca y lituana¹⁴. Las consecuencias de esta omisión fueron fatales.

La expansión formaba parte del proyecto polaco de la civilización europea. Entre sus particularidades destaca el encuentro con los ajenos, con representantes de las civilizaciones distintas. El encuentro constituía una importante forma de relaciones humanas en las tierras fronterizas, y se puede definir como el hecho de atravesar fronteras sin imponer a los Otros el modelo de vida propio. La noción de la tierra

¹² J. Kieniewicz, "Pierwsza Rzeczpospolita: przestrzeń wielu kultur czy spotkań cywilizacyjnych?" en: J. Kłoczowski (ed.), *Rzeczpospolita wielokulturowa – dobrodziejstwo czy obciążenie?*, Collegium Civitas, Warszawa, 2009, pp. 51-60.

¹³ Más en J. Kieniewicz, "The New European World Overseas: The Space of Contact and Limits of Cognition", *Acta Poloniae Historica*, No. LX, 1989, pp. 33-50.

¹⁴ H.-J. Bömelburg, "Czy Rzeczpospolita była imperium? Imperial turn w historiografii struktury państwowe w Europie Środkowowschodniej i „imperialna” warstwa pojęciowa w XVI-XVII wieku" en: B. Dybaś, P. Hanczewski, T. Kempa (ed.), *Rzeczpospolita w XVI-XVIII wieku. Państwo czy wspólnota?*, Toruń, 2007, pp. 43-57.

fronteriza se formó por lo tanto como una específica forma de confrontación de los europeos con los de fuera. Una forma que en Europa oriental no perduró. La Mancomunidad perdió la competición por el dominio sobre los vastos terrenos entre el Báltico y el Mar Negro. ¿Serían los términos del colonialismo apropiados para describir aquella realidad?

Atribuyendo a la Mancomunidad Polaco-Lituana el papel de Tierra Fronteriza no quiero decir que las expansiones llevadas sobre los vastos terrenos entre los dos Mares (*Intermarium*) se efectuasen copiando el modelo de la conquista española. Aunque de vez en cuando algunos lo vieran así¹⁵. En contra de esta tesis se puede levantar el argumento de que en realidad nunca existió una conquista polaca. La colonización rural de los terrenos orientales conducía lo más frecuentemente a la rutenización de los paisanos polacos, al mismo tiempo que los boyardos rutenos se polonizaban, aunque mantuvieran su fe ortodoxa¹⁶. No cabe duda ni de la petrificación del carácter polaco de la clase terrateniente ni de la identidad rutena (más tarde ucraniana o bielorrusa) o lituana (anteriormente samogicia) del pueblo rural. Surge la pregunta ¿cuál fue la causa del creciente sentimiento de alienación? Quizás se debería dar razón a los que opinan, que el éxito del proyecto civilizador europeo hubiera significado la polonización de todo el territorio hasta el río Dniéper. Si los polacos no se consideraban colonizadores, entonces sería interesante saber ¿cómo se sentían los demás? ¿Y si manifestaban las conductas típicas del colonialismo de subordinación? Estas cuestiones deberían abarcar el período anterior al fin del proyecto de la Mancomunidad.

¿No era la población rutena, y especialmente aquella sujeta a la servidumbre, destinada a ocupar en la Mancomunidad un lugar parecido al de los indios en el imperio hispánico? Los orígenes rutenos (y ortodoxos) de una gran parte de la clase terrateniente y la ulterior polonización de la nobleza no constituyen un argumento suficiente para rebatir esta hipótesis. Más importancia podría tener una inequívoca asimilación de la población inmigrante polaca, que se operó principalmente sobre las tierras ucranianas. Quiero subrayar dos fenómenos. En primer lugar sobre el territorio de la Mancomunidad Polaco-Lituana tenemos un sólo sistema social y no dos. En segundo lugar los procesos de asimilación no impedían la construcción de una sola civilización. El Moscú, El Imperio de la Horda, La Sublime Puerta representaban sin duda sistemas distintos y ajenos al modelo polaco.

El segundo período se caracterizó por la desmembración de los territorios de la Mancomunidad Polaco-Lituana y la desaparición del estado polaco. Fue el período de una invisible, pero indiscutible confrontación entre el sentimiento de perte-

¹⁵ El tema varias veces presentado por Janusz Tazbir, entre otras en *Szlachta a konkwistadorzy. Opinia staropolska wobec podboju Ameryki przez Hiszpanię*, Warszawa, 1969 (en la versión actualizada en: J. Tazbir, *Prace wybrane*, T. 3, Universitas, Kraków, 2001).

¹⁶ T. Chynczewska-Hennel, *Świadomość narodowa szlachty ukraińskiej i kozaczyzny od schyłku XVI do połowy XVII w.*, Warszawa, 1985.

nencia civilizacional y la realidad de su rechazo por Europa. La convicción sobre el parentesco europeo se mantuvo viva entre las clases poseedoras durante más de cien años y constituye la herencia de *inteligencja* (estamento de los intelectuales polacos). Muchas veces se vio puesta en duda y fue objeto de burlas, tanto por parte de los polacos como de los extranjeros.

Hoy día entendemos mucho mejor el objeto de aquellas dolorosas y vergonzosas polémicas. Después del 1815 la frontera política oriental de Europa se trasladó muchos kilómetros hacia el Oeste. En el apogeo de su expansión colonial Europa se vio reducida al Occidente. La zona fronteriza oriental desapareció y los territorios de la anterior Mancomunidad se convirtieron en periferias europeas. Periferias provincianas en cada uno de los países ocupantes, pero, lo que es más importante, también periferias del mundo-sistema europeo y capitalista. Este sistema perduró también después de la reconstrucción del estado polaco en 1918¹⁷.

La frontera política polaca establecida por el Tratado de Riga (1923) no implicó una vuelta a la identidad europea. La Polonia renacida no continuó con el papel de la tierra fronteriza, entre otras razones, debido al incipiente retroceso de la civilización europea. Sobre los territorios de la antigua Mancomunidad se levantó un toque de queda destinado a proteger Europa de la revolución y que al mismo tiempo dividió las recién nacidas comunidades nacionales. La zona fronteriza de la Segunda República Polaca ya fue sólo una ilusión, y no un espacio donde se realizaría el proyecto europeo.

Durante la tercera fase (después de la II Guerra Mundial) Polonia recuperó su estado, pero formó parte del imperio comunista mundial y por lo tanto se vio excluida del espacio occidental, el único que representaba la civilización europea. La zona fronteriza como lugar de apertura hacia lo Ajeno desapareció definitivamente en las circunstancias de una división política fortalecida por una muralla bien real. Los dos mundos, las dos civilizaciones, parecían permitir la existencia de una especie de zonas transitorias (como Finlandia o Yugoslavia), que no revestían características de una tierra fronteriza.

Durante todos los tres períodos el ámbito territorial de la civilización europea se redujo en la parte oriental del continente sin ninguna correlación con los procesos que se desarrollaron en el Occidente. Es decir, la reducción o la paulatina desaparición de la zona fronteriza de la civilización no estuvo vinculada con las transformaciones del Occidente, que reemplazó Europa. ¿Se debería entonces considerar aquel proceso como resultado directo de la expansión rusa? ¿Sería posible identificar un proceso político descriptible con una forma de la confrontación indescriptible de civilizaciones?

¹⁷ Más en: J. Kieniewicz, *Colonial Aspects of the Eastern Boundaries of Europe en: The State and Development in Africa and Other Regions: Past and Present. Studies and Essays in Honour of Professor Jan J. Milewski*, Warszawa, 2007, pp. 255-269.

El siguiente desafío consiste en la necesidad de describir varios siglos de relaciones entre Europa y Rusia en términos de civilización¹⁸. Aceptando la hipótesis según la cual las civilizaciones no son sistemas, sino solamente manifestaciones de los estados de pertenencia, renuncio a buscar soluciones en conceptos de confrontación¹⁹. No obstante no cabe duda de que dentro del espacio euro-asiático la multitud de civilizaciones fue y sigue siendo realidad. Entre ellas puede identificarse la civilización rusa. Es una civilización que también se formó mediante expansión, pero sería conveniente saber ¿si provocó o no la emergencia de las tierras fronterizas? ¿Qué tipo de relaciones humanas creó su expansión? La necesidad de conocer la respuesta es evidente, si queremos arriesgar una interpretación de la realidad polaca en términos coloniales. No obstante se puede decir, que la expansión rusa, aunque se pareciera en muchos aspectos a la europea, tenía una forma esencialmente distinta.

En otras palabras, en ningún caso se debería tratar a Rusia como un imperio colonial por la simple razón de su dominación sobre los países vecinos. El hecho de que la dimensión colonial del imperio podría ofrecer nuevas amplias posibilidades de interpretación de la cultura y consciencia rusas²⁰, no basta, para demostrar el carácter colonial tanto de su expansión como de la dominación. ¿Sería justificado ver en la absorción por la Rusia de las tierras conquistadas un intento de asimilación civilizacional? La respuesta depende en gran medida de la perspectiva que uno asume. La aversión polaca a la rusificación o germanización no es sólo consecuencia de la rivalidad nacionalista. La perspectiva polaca está claramente marcada por el temor de perder o verse negada su pertenencia europea. Un aspecto distinto tendrá la perspectiva kirguisa o la yakuta. Y esto no debido al poco desarrollo de la conciencia nacional. La cuestión radica en que en los países coloniales no existía el temor de la asimilación. Los colonizadores de la India o del Vietnam no concebían la posibilidad de ver a los autóctonos integrados al seno de la sociedad colonizadora. En aquellos países el sentimiento de pérdida de identidad se traducía más por los esfuerzos modernizadores que por el hecho de ceñirse obstinadamente a los valores. Aunque no puede haber duda del proceso de orientalización de los pueblos del Asia Central, surge la pregunta sobre su sentido. Parece ser que la práctica colonial rusa consistía más bien en importar a Asia los modelos europeos que su propia visión del Oriente. Contrariamente a la europea, la expansión rusa no creó las tierras limítrofes, sino construyó murallas de defensa a la imagen de la línea de Oremburgo.

En el oeste esta expansión se desarrolló sobre los territorios que formaban antaño parte de la zona fronteriza oriental de Europa. Allí se encontraron y enfrentaron los procesos de occidentalización rusos con las tradiciones revestidas de rasgos del

¹⁸ В. В. Ильин ред., *Российская цивилизация: содержание, границы, возможности*, Москва, 2000.

¹⁹ J. Kieniewicz, *Wprowadzenie do historii cywilizacji Wschodu i Zachodu*, Dialog, Warszawa, 2003.

²⁰ E. Thompson, *Trubadurzy imperium. Literatura rosyjska i kolonializm*, Kraków, 2000.

cosmopolitismo²¹. Al principio (en la época de Alejandro I) parecía que las circunstancias podían conducir a una simbiosis, o quizás incluso una síntesis. Estas esperanzas se vieron frustradas. De la misma manera como las esperanzas de aproximación o de identificación entre los intelectuales polacos y rusos. ¿Sería ésta la causa de este extraño conjunto de conductas que constantemente hacen pensar en una situación colonial? Quiero subrayar que las principales reservas en cuanto al carácter colonial de la expansión rusa se aplican igualmente a la expansión polaca.

Durante el tercer período las naciones de los países miembros del Pacto de Varsovia se sentían subordinadas, irrespectivamente del ámbito de su colaboración con el nuevo régimen. Con gusto se recurrió a la retórica colonial. Los comunistas no escaparon a esta tendencia, por muy convencidos que estuvieran del liderazgo moscovita sobre el movimiento mundial de liberación del imperialismo y colonialismo occidentales.

Quizás la desintegración del imperio soviético abrió una nueva fase de la historia, en la cual la pertenencia civilizacional ya no es evidente. ¿Sabrán los países antaño dominados por el comunismo recrear el modelo de una zona fronteriza de civilizaciones? ¿O estarán predestinados a funcionar siempre como la periferia del capitalismo mundial?

Para el tema que nos interesa, las mejores posibilidades de interpretación ofrece la fase segunda, durante la cual las tierras de la antigua Mancomunidad Polaco-Lituana se vieron repartidas, y sus poblaciones perdieron la capacidad de dirigir su propio desarrollo (crear transformaciones), lo que limitó la posibilidad de determinar su pertenencia civilizacional. Se suele identificar esta fase con la formación de la nación polaca moderna, en las circunstancias de la inexistencia del estado y de la división de la zona habitada por la comunidad polaca. La sobrevivencia de la identidad nacional se pagó muy cara. El precio consistió en aceptar un concepto moderno de la nación, dejando atrás la tradición de una nación política multicultural.

Para seguir con mis reflexiones tomo como ejemplo una forma específica de la antigua zona fronteriza, que se llama *Kresy*, que intentaré interpretar en términos que suelo utilizar para mis estudios del colonialismo.

El nombre de *Kresy* propongo entender como un fenómeno en la historia de Polonia, un espacio real y figurativo, creado por los que se identificaban como polacos. El espacio real cubría la franja oriental de la antigua Mancomunidad y constituía antaño la tierra fronteriza de la civilización europea. Después de los repartos de Polonia estas tierras se convirtieron en las fronteras occidentales del Imperio Ruso. El siglo siguiente fue testigo de una paulatina modificación del carácter de los *Kresy* de los que quedó al final nada más que una ilusión. Mis reflexiones se refieren principalmente a los tiempos anteriores a la revolución aunque, en menor medida, tienen

²¹ E. Thaden, *Russia's Western Borderlands, 1710-1870*, Princeton, 1984; H. Głębocki, *Kresy imperium. Szkice i materiały do dziejów polityki Rosji wobec jej peryferii (XVIII-XXI wiek)*, Kraków, 2006.

relación con el estado del imaginario común de los polacos en el siglo XX. Voy a interpretar estos estados en términos del colonialismo, conforme con el enfoque elegido para el presente texto.

Los *Kresy* es un modo de pensar de los polacos, un elemento significativo de su identidad. Desempeñan un papel muy importante para determinar el carácter polaco y sus manifestaciones, muy especialmente en la literatura polaca. Hago abstracción de las polémicas sobre el carácter polaco o no de las tierras que llamamos *Kresy*. Lo que me interesa es la representación figurativa de esta noción compartida por las personas dispuestas a identificarse como polacas en una situación de ausencia del estado polaco. Considero extremadamente importante que estas representaciones fueran consideradas como el producto de la tradición de la zona fronteriza civilizacional. No obstante conviene también considerar otras perspectivas, y entre ellos la rusa.

La expansión rusa tenía como objetivo la liquidación de las particularidades de los sistemas sociales integrados al imperio. Este rasgo me parece más importante que los subrayados esfuerzos de rusificación o de eliminación del catolicismo. El método elegido para alcanzar aquel objetivo fue la desintegración de las estructuras existentes. La polémica sobre la interpretación de las modificaciones que se operaron bajo el cetro ruso sobre las tierras de la antigua Mancomunidad Polaco-Lituana depende de la perspectiva sobre el estado inicial. Tal como he dicho anteriormente, considero la Mancomunidad como un solo sistema social. Un sistema multicultural, multirreligioso y lleno de conflictos, pero uno solo y además ubicado dentro del espacio de la misma civilización. Conforme con otras interpretaciones existieron desde el principio diferentes sistemas sociales, sin revestir en ningún momento la forma de identidades nacionales. Hasta la revolución muchos de los habitantes polacos de los *Kresy* guardaron la ilusión de seguir viviendo en un sistema social, aunque dividido entre varias comunidades nacionales. Aquí la India puede proporcionar un buen punto de comparación, el país en aquella época subordinado a un dominio claramente colonial.

Durante la época de los repartos las tierras fronterizas de la civilización europea se vieron paulatinamente eliminadas por la expansión rusa. No fue un proceso único ni inequívoco. El constante movimiento de las fronteras políticas hacia el Oeste, puede servir solamente como indicación de los cambios ocurridos. Al final del siglo XIX las tierras de la antigua Mancomunidad se consideraban como provincias imperiales destinadas a la colonización. Cabe destacar que al mismo tiempo estos territorios se convirtieron en periferias del mundo-sistema construido por la expansión colonial europea.

La esencia de la cuestión reside en mi opinión en que diferentes sistemas sociales, que se formaron sobre el territorio de la antigua Mancomunidad y como consecuencia de su desaparición, resultaron incapaces (también o sobre todo por la ausencia del estado) de llevar a cabo de una manera autónoma sus modificaciones (nuevas transformaciones).

Dos siglos duró la paulatina desaparición de la Zona Fronteriza en Europa oriental, en el sentido de un estado civilizacional específico. A principios del siglo XX sus habitantes abrigaban todavía muchas ilusiones, también relativas a la pertenencia a la misma comunidad (no nación, sino comunidad de gentes que consideraban estas tierras como su patria y este mundo como el propio) de los terratenientes y los paisanos (excluyendo los judíos) en Lituania, Bielorrusia, Ucrania etc. Se pueden establecer analogías con la situación en la América hispánica aunque no con la Argelia francesa.

La desaparición de la Zona Fronteriza se hace patente al intentar describir la realidad en términos del colonialismo. Resulta, pues, que las poblaciones de los *Kresy* ya no eran capaces de operar los cambios necesarios conforme con su propio modelo y tuvieron que recurrir a los modelos importados y dominantes. Copiaron los modelos rusos, considerados ajenos, pero cada vez más presentes en la realidad. Hasta recurrir a la protección al aparato de la opresión tsarista ante las reivindicaciones del pueblo o al ejército ruso frente las motines de la población rural²². La consciente negación de estas influencias rusas es un hecho muy significativo.

La desaparición de la zona fronteriza se manifiesta también en recurrir en los esfuerzos modernizadores a los modelos “europeos”, como naturales y propios. El colonialismo en el contexto polaco se traduce frecuentemente por las referencias a las soluciones occidentales como mejores, para copiarlas sin operar las adaptaciones necesarias. En efecto las tierras de la antigua Mancomunidad se vuelven cada vez más retrasadas y dependientes del Centro del sistema mundial. La convicción sobre la superioridad de todos los modelos occidentales, los complejos de inferioridad y la tendencia de exaltación de nuestro ego, tienen mucho que ver con los fenómenos existentes en las colonias extra-europeas.

La categoría del colonialismo resulta útil para indicar el “desprendimiento” de las tierras de la antigua Mancomunidad Polaco-Lituana de la civilización europea y para la demostración de que la estrecha relación con el mundo occidental se convierte cada vez más en dependencia. En una especie del “colonialismo dividido” en el cual se hubiera separado la violencia de la dominación. Con el mismo efecto que en el colonialismo tradicional.

Después de la revolución rusa vino el tiempo en el que el mundo de la antigua Mancomunidad, la tradición de la zona fronteriza y su legajo europeo, siguen ligados con los *Kresy* ya sólo en el espacio imaginario polaco. La ilusión va creciendo de generación en generación. No abogo por su eliminación sino por el desciframiento. Esta ilusión desempeñó un papel defensivo frente a la nueva dominación, que trajo el Imperio soviético. No obstante oculta la dependencia y la ausencia de soluciones propias. La zona fronteriza dejó de existir, pero permanece la pregunta: ¿qué es esta imagen capaz de ejercer sobre nosotros un impacto tan fuerte?

²² D. Beauvois, *Trójkąt ukraiński. Szlachta, carat i lud na Wołyniu, Podolu i Kijowszczyźnie 1793-1914*, Lublin, 2005.

La respuesta no será inequívoca. La reivindicación para Polonia del estatus colonial no tiene sentido, puesto que la situación colonial en nuestro caso no hubiera sido directamente provocada por una conquista colonial clásica, a modo occidental. Fue resultado de la pérdida de su propio sitio y su propio papel en la civilización europea, que sigue relegando Polonia de una manera sistemática a una posición de periferia. Además, la eliminación del espacio fronterizo, presentada en este texto, puede ser percibida como consecuencia no solamente de los cambios políticos a largo plazo, sino también de los procesos civilizacionales. En ellos se reflejan exactamente las relaciones denominadas colonialismo.